

PEDRO MARTÍNEZ GARCÍA, *EL CARA A CARA
CON EL OTRO: LA VISIÓN DE LO AJENO A FINES
DE LA EDAD MEDIA Y COMIENZOS DE LA EDAD
MODERNA A TRAVÉS DEL VIAJE*. PETER LANG EDITION,
FRANKFURT AM MAIN, BERLIN, BERN, BRUXELLES,
NEW YORK, OXFORD, WIEN, 2015, 356 PÁGS.
ISBN: 978-3-631-65979-3

DIANA PELAZ FLORES
Universidad de Valladolid

El interés suscitado por los viajes y lo que éstos representan para la sociedad medieval ha sido una problemática de estudio abordada por el panorama historiográfico desde diversos puntos de vista y planteamientos metodológicos a lo largo de los años. Ya fuera a través del arte, la literatura o los testimonios documentales de personas que se enrolaron en peregrinaciones religiosas o expediciones con fines políticos, diplomáticos o comerciales, las diferentes realidades que el viaje plantea han suscitado curiosidad en el ámbito de la investigación para recorrer, de la mano de sus protagonistas, las mismas rutas en las que se embarcaron y conocer de su mano aquello a lo que se tuvieron que enfrentar durante su periplo. Sin embargo, todavía no se había puesto el foco de análisis en el reconocimiento de la mirada que se contrapone a la que el viajero lanza y en la que éste reconoce (o no) algo que le es ajeno, pero que ha de intentar explicar de acuerdo a una cosmogonía particular. La construcción de la alteridad, desde las diferentes formas que puede adoptar y cómo va transformándose de una expedición a otra, entendiéndose que se trata de una construcción mental permeable y sujeta a los mismos cambios que experimenta el propio viajero a lo largo de los años, abre la posibilidad de conocer y conocerse, pero también de crear y recrear al otro de manera continua y cambiante, y a la vez cotidiana y cercana. Precisamente, éste es el viaje que propone la investigación de Pedro Martínez García, despertando la curiosidad en el lector a través de su relato con la misma viveza que todavía conservan los relatos de viajes que han servido de objeto de estudio a su trabajo.

Para ello, el autor plantea varios interrogantes en torno a los que articulará la construcción del discurso y que recorrerán la obra como auténticos *leit-motivs* en la carrera hacia la formulación del “otro” entre la Baja Edad Media y las primeras décadas de la

Modernidad. De este modo, Martínez García se apoya en fuentes literarias y documentales de naturaleza muy distinta entre sí, como son los libros de viajes, por un lado, para pasar a ocuparse después, en la última parte del trabajo, de los relatos de los primeros exploradores indios. Todo ello con el fin de desentrañar cómo se formula la identidad del otro, cuáles son los elementos sobre los que descansa dicha construcción y cómo se transfieren a lo largo de un periodo tan cambiante como el que describen los siglos XIV al XVI. Se trata, sin duda, de una empresa que el autor resuelve con gran acierto y maestría, por medio del esfuerzo comparativo de modelos historiográficos, planteamientos teóricos, épocas y relatos, cuyo resultado se conjuga además en una obra de gran riqueza semiótica y al mismo tiempo de agradable lectura.

En cuanto a la estructura del trabajo, el autor opta por presentar un esquema binomial, precedido por una introducción que se centra en la conceptualización de la alteridad como objeto de estudio, para sumirse después en la dimensión cultural que ofrece el viaje en la Baja Edad Media y, posteriormente, en el inicio del periodo colonial al otro lado del Atlántico como un salto cualitativo en la literatura de viajes que mantiene, en cualquier caso, una raigambre profundamente medieval. Presenta a propósito un relato atractivo y cercano, sin dejar de lado el manejo de una conceptualización teórica compleja que acompaña al lector a lo largo de todo el trabajo. La comprensión del sustrato teórico que plantea el autor se complementa con la presentación de imágenes y fragmentos textuales de los relatos de viajes, constituyendo un lenguaje adecuado para transmitir y reflejar el contrapunto entre lo propio y lo extraño como un diálogo fluido y constante en la evolución histórica desde la Antigüedad. De esta manera analiza, por ejemplo, el fenómeno de lo monstruoso y su percepción desde las narraciones homéricas o la visión de Plinio el Viejo, observando cómo se mantiene un poso cultural que sobrevive a lo largo del tiempo, transformándose de forma sutil e incorporando nuevos elementos característicos de la sociedad cristiana en su paso a la Edad Media e inicios de la Modernidad.

El capítulo reservado al significado del viaje en la Baja Edad Media embarca al lector en la travesía que el autor le propone convirtiendo precisamente al viaje en un fenómeno global puesto que incumbe tanto al viajero como al que le devuelve su mirada. La movilidad pergeña espacios de sociabilidad que se salen de lo cotidiano para quien inicia su desplazamiento, ya sea el que guiará sus pasos a Compostela o a Tierra Santa. La capacidad de Martínez García para enfrentar las miradas de aquellos que se encuentran en el camino ilustra con gran acierto el complejo entresijo de identidades que se acercan y se alejan en función del observador, lo que motiva que quienes se encuentran cercanos se vea distantes, pero vistos por un tercero se vuelvan a presentar como una ipseidad única, o viceversa. Al mismo tiempo, queda lugar para reflejar a un sujeto que es siempre “otro” para quien escribe: la mujer, que se presenta como alteridad pero cuya mirada, desafortunadamente, no podemos contrastar para saber cómo ellas –que también se enrolaban en el viaje– devolvían esa mirada en calidad de observadoras y no de observadas.

Pese al manejo de otros textos para este periodo, las *Andanças* de Pero Tafur serán el texto de referencia empleado además de para conocer lo que su autor describe, para reconocer los diferentes “Tafures” que conviven en su narración. El análisis realizado por Martínez García a propósito de la obra plantea un interesante juego de espejos entre Tafur y “el otro” que se pone a disposición del lector, pero también entre la otredad del propio Tafur. Bajo esta perspectiva, el viajero autor del texto se presenta como sujeto y objeto, pudiendo ser cincelado desde enfoques muy diversos, manejados con gran habilidad por el autor de la obra que aquí se reseña. No obstante, tan interesante como el análisis de las *Andanças* resulta el comentario dispuesto a propósito de los relatos que los viajeros centroeuropeos bajomedievales realizan a propósito del “otro ibérico”, en palabras de Martínez García. En este sentido, merece ser destacada la relectura que lleva a cabo del relato de Hieronymus Münzer, conocido y manejado por la historiografía española, aunque en esta ocasión con una gran profundidad que invita a reflexionar de nuevo sobre el texto y los intereses que impregnan el periplo del autor centroeuropeo. A su mirada han de añadirse la de Georg von Ehingen o Leo von Rožmítal que ponen en valor las diferentes percepciones que se pueden entreverar a la hora de dotar de significado a las sociedades de la Península Ibérica vistas a través de prismas diversos. La tercera parte, relativa al significado del viaje en el Mundo Atlántico presenta la mayor singularidad de la obra, al apoyarse en todo el bagaje cultural y simbólico medieval para interpretar y comprender el valor de las nuevas empresas atlánticas. Para ello el autor lleva a cabo un repaso por las expediciones a las Canarias y los viajes colombinos utilizando testimonios documentales, cartográficos e iconográficos que le permiten ahondar en conceptos como raza, barbarie o bestialidad, que ayudan a vertebrar su discurso en torno a lo real, lo imaginario, lo simbólico, lo extraño y lo maravilloso. Todo ello se ve fusionado en las tierras americanas, donde se plantea una prolongación del universo mental que acompaña a los marineros que se embarcan en la exploración americana. De este modo el autor va dejando constancia de las conexiones y la perduración de historias, conceptos e ideas asociadas tanto a personas como a animales de tradición medieval que se encuentran en los relatos de los primeros viajeros a América. Todo ello revela la manera de retratar el mundo que se despliega ante el viajero a partir de su propia identidad y la mentalidad que va a ella asociada, además de poder observarse los intereses políticos, culturales o religiosos que confluyen en la expedición. En consecuencia, Martínez García insiste, y al mismo tiempo ilustra, acerca de la necesidad de difuminar las fronteras entre el Medievo y la Modernidad como fruto de la continuidad que existe entre ambas y de las que dan buena muestra los viajes y los relatos aparejados. Este planteamiento le conduce a una reflexión todavía más importante, relacionada con el indefectible destierro de los prejuicios asociados al primer periodo retratado con respecto al segundo. Las apreciaciones realizadas por el autor a lo largo de todo su trabajo atendiendo a las características de su objeto de estudio sobre un marco cronológico concreto concebido como un todo y no como dos etapas diferenciadas, pone de manifiesto las pervivencias existentes en el sustrato cultural y la persistencia del mismo en la creación de una identidad y una idiosincrasia particular, que favorece la construcción de la mismidad y la otredad de manera paralela.

En definitiva, Pedro Martínez García consigue ejecutar un interesante juego de espejos –y la referencia al espejo no es, ni mucho menos, desinteresada en este caso, como señala en la obra el propio autor– entre lo que se es y lo que se percibe como algo extraño o maravilloso. De algún modo, el autor presenta su propio libro de viajes a la manera del texto medieval, donde quedan incorporados saberes y experiencias conocidas por quien las escribe pero también otras que ha oído, que ha leído, que le han contado, plasmando y recreando todo ello sobre el papel en blanco para conseguir conectar a “un otro” que forma parte de su propio yo. Los guiños que hace al lector retrotrayendo el discurso a nuestro momento actual por medio de imágenes, personajes u obras reconocibles que entroncan con la identidad que el autor representa en su obra, obedece precisamente a ese fin. Y es que, como Martínez García señala, haciéndose eco de las palabras del político alemán Walther Rathneau, “pensar implica comparar” dos acciones que serpentean con gran agudeza la obra de un viajero contemporáneo en sus coordenadas espaciales, pero medieval en cuanto a su capacidad para hacer lo maravilloso cotidiano.